



**Cheikh Hamidou Kane**  
**La aventura ambigua**  
 Trad. de Patricia de Gispert Segura  
 Elipsis, Barcelona, 2006

**Manuel Arranz**  
*«Cuando la mano es débil, el espíritu corre grandes riesgos, ya que es ella la que lo defiende...»*  
*—Sí, dijo el director de la escuela, pero el espíritu también corre grandes riesgos cuando la mano es demasiado dura».*

Tienen razón ambos, evidentemente. Esta conversación entre dos hombres, el director de la escuela regional y un alto dignatario de un país africano, tiene lugar en las primeras páginas de *La aventura ambigua*, novela del senegalés Cheikh Hamidou Kane, avalada con el Gran Premio literario de África negra y los elogios de la crítica francesa. Los elogios de la crítica, francesa o española, para el caso da igual, ya sabemos lo que significan. Y en cuanto al Gran Premio literario de África negra, no sabemos lo que significa. Así que lo mejor será leer la novela.

¿Qué es la aventura ambigua? Evidentemente la aventura es la vida. Yo creo que ésta es una metáfora tan universal como inme-

El conflicto entre tradición y modernidad es el tema que aborda Cheikh Hamidou Kane en «La aventura ambigua», la historia del joven Samba Diallo, un dirigente político africano que se debate entre el progreso tecnológico y la espiritualidad.

## El destino de las calabazas

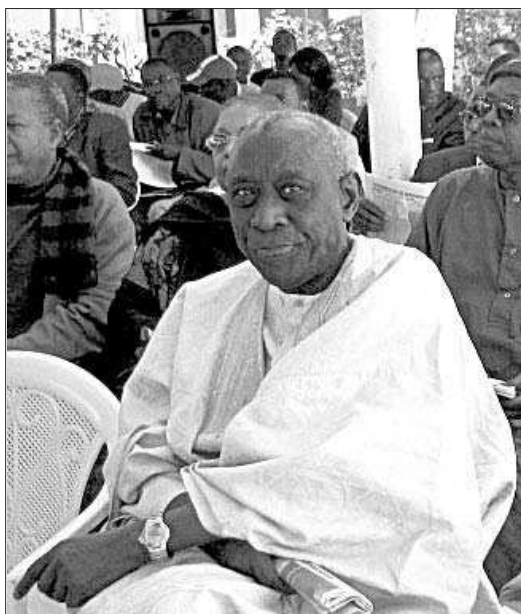
morial. Y ambigua podría significar también incierta, equivoca, dudosa, oscura... Pero no creo que el autor se refiera a ninguno de esos adjetivos. La ambigüedad de la que él habla no es ni inmemorial ni universal, es la ambigüedad del mundo actual, tan parecido en todas partes aunque algunos lleven unos años de ventaja que vemos como se reducen día a día, porque, aunque nuestros pasados difieran, el futuro es el mismo para todos. Y el futuro ya no es tan incierto como en el pasado. En el caso de África, el futuro somos seguramente nosotros, como en nuestro caso lo es Estados Unidos. Pero si hablamos de valores, pues de eso es de lo que habla esta bella novela, entonces el futuro está en el pasado. *«Creo que ha llegado el momento de enseñar a nuestros hijos a vivir. Presiento que van a tener que enfrentarse a un mundo de seres vivos en el que los valores de la muerte serán ridículos y de poca utilidad»*, oímos decir a uno de los personajes más lúcido de la novela, una mujer mayor por supuesto. Ese mundo, huelga decirlo, es el nuestro. Un mundo en que la palabra valores pertenece exclusivamente al ámbito de las finanzas, y en el que hace ya tiempo que se *«aprendió el arte de ganar sin tener razón»*. Sin embargo, y esta es una de las lecciones de esta novela, no importa que hoy ya no hablemos de valores, no importa que los hayamos perdi-

do, no importa que estén deva-  
 luados o sean *«ridículos y de poca utilidad»*, porque han existido y siguen existiendo, forman parte de nosotros, son lo que nos hacen ser como somos, o como no somos cuando carecemos de ellos. Hay muchas cosas que hoy son *«ridículas y de poca uti-*

*lidad»*. La educación, por ejemplo, la cultura, la religión, el arte. Y si siguiéramos enumerando veríamos que casi todas las cosas que en el pasado eran nuestro mayor orgullo, hoy son *«ridículas y de poca utilidad»*.

La calabaza no parece a simple vista una hortaliza muy se-

ria, vamos, como para hacer una metáfora con ella queremos decir. Pero tal vez por eso el maestro de esta novela la hace. Su ciclo vital, viene a decirnos (pero, ¿tienen las calabazas ciclo vital?) reproduce un ideal humano: *«De joven, su única vocación es la de ganar peso, su único deseo el de aferrarse a la tierra con amor (...). Después, un día, todo cambia. La calabaza quiere despejarse (...). Su felicidad va en función de su vacuidad, de la sonoridad de la respuesta cuando hasta un soplo basta para emocionarla»*. Porque de esto es de lo que habla *La aventura ambigua*, de calabazas. Y las calabazas, o dicho en otras palabras, la vida, el trabajo, las creencias, o la libertad, siempre han dado al hombre mucho que pensar. Un libro extraño éste, tan profundo y superficial a la vez, tan difícil y tan fácil, tan pasado de moda y tan actual, tan ambiguo y tan claro. Hay un momento en la novela en que se hace la pregunta esencial, esa que evitamos siempre hacernos porque no estamos muy seguros de la respuesta: *«Vale todo lo nuevo que aprendemos aquello que olvidamos?»*. Aunque quizás, después de todo, si conocamos la respuesta. Esta obra es lectura obligatoria en los centros educativos y universitarios africanos, leemos en la solapa del libro. No entiendo por qué. Es en los nuestros en los que debiera ser lectura obligatoria.



SENEGALÉS. El escritor Cheikh Hamidou Kane.

## Esplendor de la miseria



**Jules Vallés**  
**Recuerdos de un estudiante pobre.**  
**Memorias verdaderas**  
 Traducción de Inés Bertolo  
 Periférica, Cáceres, 2007

**M. A.**  
 Todo el mundo sabe que uno de los mejores momentos para la novela fue la segunda mitad del siglo XIX, uno de los países donde más se desarrolló Francia, y una de las ciudades más novelescas

de todos los tiempos, París. Muchas de las grandes novelas de la literatura universal se escribieron en aquella época, en aquel país, y en aquella ciudad, a cuya conjunción debemos también los mejores ejemplos de un tipo de novela que conocemos como novela de aprendizaje, entre las que se encuentra esta *Recuerdos de un estudiante pobre*, que es sin lugar a dudas una auténtica joya del género. Las novelas de aprendizaje tienen una curiosa característica en la que reside, creo yo, uno de sus mayores atractivos, y es que suelen ser novelas de madurez. Sólo cuenta su aprendizaje quien efectivamente ha llegado a aprender algo y ha adquirido en consecuencia una idea sobre el oficio, dos cosas que casi siempre van unidas. Y éste es también el caso de estos *Recuerdos* de Vallés, novela escrita en los últimos años de su vida y publicada originalmente por entregas, como solía ser también costumbre de la época. Y ahora hablemos de la época. Una época de esplendor y miseria, términos estos que encontramos en tantos títulos de entonces

y que tan bien la definen. Esplendor en el arte y miseria en la vida. Por cierto, al revés de lo que pasa hoy. Pero entonces hasta la miseria se tomaba con filosofía. La filosofía la hacía menos indigesta por decirlo así, y siempre será preferible a tomarla sola. *«No miento»*, dice Jules Vallés. *«Estos recuerdos no tienen precio, y sólo me alegra esparcirlos sobre el papel porque los ofrezco en su cómica exactitud, o en su dolorosa sinceridad»*. Y así es, como comprobará el lector, aunque en ocasiones sea la sinceridad la que sea cómica, y dolorosa la exactitud. Por estas páginas pasa toda una época y los protagonistas, incluido el autor, de la misma. Muchos son hoy famosos, pues el esplendor de su arte logró imponerse finalmente a la miseria de su vida, aunque desgraciadamente, en la mayoría de los casos, fuera a título póstumo. Y muchos más todavía, que deslumbra a sus contemporáneos con su cegadora pero al parecer efímera luz, han sido olvidados.

Vallés, a aquellas alturas de su vida, me refiero a la época en que escribió el libro no a la que rela-

ta en él, manejaba la pluma unas veces como un bisturi y otras como una porra, y es difícil saber con cuál de los dos instrumentos causó más estragos entre aquellos compañeros de fatigas de su ardua juventud. Fue precisamente por aquellos años cuando se gestó la leyenda del barrio latino, bohemia, artista, intelectual y canalla, de la que Vallés nos ofrece aquí una imagen sin mistificaciones, tal vez un poco cínica, pero de un cinismo filosófico y que tiene toda la pinta de haber correspondido a la realidad. Y es que la distancia sirve para dos cosas. Para distanciarse de los hechos y olvidarlos o, algo todavía peor, mixtificarlos, o para recrearlos y tratar de comprender su verdadero significado y alcance, aun cuando éste no haya sido tan he-

roico como nos hubiera gustado. Ni qué decir tiene que Vallés opta por lo segundo. El lado cómico de los acontecimientos humanos no sólo no les quita grandeza ni, por paradójico que parezca, seriedad, sino todo lo contrario, y subrayarlo, como hace Vallés, es un recomendable ejercicio de humildad. Sólo hay una cosa que no se debe hacer nunca con la historia, ya sea la grande o la pequeña, y esa cosa es mentir, distorsionar los hechos, acomodarlos a los intereses del presente. No es honesto, y suele ser contraproducente. La historia de la que aquí se trata es la historia de la educación, la historia de las casas de comidas y las barberías con sus rozagantes barberas, la historia del aprendizaje de la geometría y del aprendizaje del hambre, de profesores ridículos y de alumnos sin escrúpulos. La misma historia de siempre que Vallés resume en una lapidaria frase cartesiana: *«Lucho, sufro, amo, odio, luego existo»*. En fin, un libro tan inteligente como ameno, que habla de cosas serias con humor. Es decir, todo lo contrario de lo que ya entonces empezaba a ser frecuente y hoy se ha convertido en norma: hablar de chorradas *ex cátedra*. Y sin que nadie se ría, para más irri.

III  
**Vallés escribió en los últimos años de su vida esta excelente novela de aprendizaje**